



Pregón Corpus 2004

Armando Rodríguez Rodríguez

Vaya mi primer saludo para el presidente y todos los componentes de COFIVI por su enorme esfuerzo para conseguir que las fiestas del Corpus puedan celebrarse con tanto esplendor y se han conseguido para Villamayor tantos éxitos y tan altas metas, a ellos y a todos los que les ayudáis nuestro profundo agradecimiento, pues creo que todos los aquí presentes también desean decirles, gracias.

He tenido el honor y la alegría de acompañar a la reina de las fiestas de este año, mi sobrina-nieta Belén, en su entrada a este salón que en su día fue el continente de tantas vivencias de mi tan lejanísima niñez.

Mi muy sincera enhorabuena a la reina y a sus padres, Juan Carlos y María Consuelo, y a las damas y a todos sus familiares, porque este año les toca vivir momentos, horas y días de especial felicidad.

Reina y damas, os deseamos que disfrutéis del tesoro de vuestra juventud y belleza, y que llevéis con orgullo la representación que se os ha otorgado de toda la juventud de Villamayor.

En una ocasión, a la salida de misa, Pepe el de les Huelgues, comentaba que cuando tocaron las tres campanas, él estaba cerca de Rodiles y tuvo que salir corriendo, a lo que le comentó: "Pues ya correrías, porque llegasti a tiempo a misa", a lo que Pepe le contestó: "Que si corría... de cada reblagu un prau"

Pues así "reblagu a reblagu" kilómetro a kilómetro he venido yo hoy, porque esta mañana mi hija María Aurora y mi yerno Federico salieron de Badajoz y me recogieron en Cáceres para poder estar ahora con vosotros.

La única patria de cada uno ES SU INFANCIA, como dijo Rilke. De esta manera mi patria es Villamayor, y aunque el destino ha querido que no viva aquí desde hace

más de 50 años, mis vivencias de niñez, mi juventud y mi corazón está aquí con vosotros.

Aunque casi todos los sabéis, vamos a recordar la etimología de Villamayor.

Villa es el nombre que los romanos daban a una explotación agraria con sus tierras, edificaciones y VILLICI.

En la Alta Edad Media, aunque con sensibles transformaciones entre los siglos X Y XII, VILLA siguió conservando su carácter de agrupación rural.

Aquí había una villa, y así empieza el nombre de nuestro pueblo.

San Benito de Nursia, antes de fundar la comunidad benedictina, que era la que ocupaba el cenobio de aquí, amigo de San Román, recibió de éste el primer hábito y fue iniciado por él en la vida monástica.

De ahí que los benedictinos pusieran el nombre de San Román a otra villa más pequeña que la de aquí y que conocemos como San Román de Villa.

De esta manera nuestros orígenes son la VILLAMAYOR, por ser más grande que la de San Román.

El nombre de la estación del ferrocarril no lo compartíamos con San Román, se llamaba Villamayor-Borines, por el balneario, entonces muy famoso.

En la oficina de mi padre, en la estación, se juntaban todo tipo de gente antes de la llegada de los trenes de viajeros. Mi padre igual atendía al teléfono que a la taquilla y a veces abandonaba ésta para atender aquél. La oficina tenía una puerta que daba al andén y la taquilla quedaba al fondo, tras el cual estaba lo que llamábamos eufemísticamente “sala de espera”, desde la que el público accedía a la compra del billete de viajero. En una ocasión en que por esta parte se asomaba Manolo Meana, y no estando mi padre en la taquilla en ese momento, desde el andén entró un rapazón de Miyares y ambos se encontraron de frente, uno a cada lado de la taquilla. El rapazón pidió “uno a Infiesto” y Manolo “uno a la Pola”, y así siguieron con “No, a Infiesto, “No, a la Pola”.

Mi padre le decía al de Miyares sin que éste se enterara. “Échale mano al cajón”, que el chavan tenía, abierto, delante de su pecho. Todo terminó con el despacho a cada uno de su correspondiente billete.

Había en Villamayor una señora a la que todos conocíamos como María la Carretona, pues se dedicaba a llevar encargos a Gijón y traer desde allí los que le pedían traer a Villamayor. Esta señora tenía un puesto en el mercado de los viernes, aquí en el Paseo, y una vez que, ya levantado el puesto, pasaba por allí a la salida de la escuela, encontré en el suelo un billete de 25 pesetas, cantidad importante para entonces. Se lo entregué a mi madre diciéndole donde lo había encontrado, por lo que cuando María llegó con ojos llorosos para coger el tren de las 2, mi madre le entregó el billete después de comprobar que era suyo. Cuando regresó de Gijón me dio un papelín escrito por ella en el que decía que yo jugaba una peseta en un número de la Lotería Nacional.

No había pasado muchos meses cuando me encontré otro billete, esta vez de 50 pesetas, en un camino que daba a la carretera desde la casa de Eduardo Vena. Cuando lo vi dije: ¡Un billete de perres!”, seguramente para no confundirle con los que usaban para los viajes en tren. Esta vez también apareció quien lo había perdido, que era Albina la de Cutre. La recompensa fue una moneda de plata de 2 pesetas.

Recuerdo de la vieja iglesia parroquial una estancia anterior a la sacristía en la que había un armario con ropa que se entregaba a los niños y niñas de la catequesis mediante valoraciones en puntos que se otorgaban a los niños y niñas de la catequesis mediante valoraciones en puntos que se otorgaban con valores de 1 y 2 por asistencias a las enseñanzas del catecismo.

Había una parte cubierta, con suelo de pequeños cantos rodados, donde los fieles dejaban les madreñes y donde nosotros íbamos a sonar las carracas y “matar judíos”, dando golpes en las paredes con largas, verdes y duras cortezas de eucalipto, los viernes de Semana Santa.

En la iglesia había un cuadro con la representación de Dios constituida por un triángulo con un gran ojo en su interior. También había una imagen muy oscura de San Benito, seguramente procedente de este cenobio, que al ser derribada la iglesia fue llevada a casa de doña Severiana, hoy hotel, y que nunca regresó al templo.

Por cierto, hablando de esta imagen tan ennegrecida, se contaba que don Salvador, el eterno capellán, entró en la iglesia con un niño y al enseñarle el santo, aquél dijo: “Coco”. Don Salvador le dijo: “Coco no, coño”. Hasta que el pequeño no aprendió a decir coño no lo sacó de allí.

Y hablando de don Salvador, un día dijo a los fieles desde el altar: “El próximo miércoles subo a Pesquerín a comenzar la novena a San Antonio a las seis de la tarde, y si voy para allá y no están más que cuatro mueres como el año pasau, doy la vuelta y no vuelvo más”. Es que hay que ver lo que era subir a Pesquerín por entonces.

A Villamayor venía muchas veces un sacerdote de Oviedo, lamento no recordar su nombre, que yo conocí como párroco de San Pedro de los Arcos, y al que allí llamaban “El Glayu” porque tenía una voz atiplada cuando cantaba con la música de un instrumento entonces único: un órgano eléctrico portátil, con el que viajaba a los pueblos de Asturias a las fiestas religiosas.

Don Salvador tenía una huerta, pasado el río Pedruecos, entre la carretera y la vía férrea. Un día que regresaba de su finca al Caneyu, con sus madreñes en la mano y la fessoria al hombre, se cruzó con un coche en el que regresaban de Covadonga “El Glayu” y unos canónigos de Oviedo. Al llegar a la altura de don Salvador aminoraron la velocidad del automóvil y “El Glayu” se asomó por la ventanilla y gritó: ¡Abajo el clero!. Don Salvador empezó a refunfuñar y una mejer que vio la escena le preguntó: “¿Qué pasa, Don Salvador? ¿Quién eren?, a lo que el cura le contestó: “Nada, eran unes putes”.

A la escuela, por iniciativa de don Víctor Valdés, asistíamos con unos guardapolvos de color azul marino, que llevaban en el bolsillo de arriba un bordado sobre tela blanco con las iniciales de nombre y apellido del propietario. Los llamábamos “mandilones”.

Estos mandilones los colgábamos en unas perchas que había en este ábside románico. Me acuerdo que fantasía infantil-decíamos que las preciosas filigranas de los capiteles las habían hecho los moros.

Cuando yo comencé a asistir a la escuela acababan de cubrir aguas en el edificio que hay entre las dos bajadas al Valledal y habían colocado en lo alto la bandera española. Es la casa en que vivió muchos años don Dionisio el médico y, últimamente, Benigno Rojo.

Entonces nos sentábamos en cada banco, muy largo y apolillado, unos cuantos niños. Por iniciativa de don Víctor la familia de don Rafael Fabián regaló los pupitres biplaza que muchos habéis conocido, y don Víctor nos llegó a unos cuantos en representación de todos a dar las gracias a don Rafael y familia.

En uno de sus viajes don Víctor nos trajo para cada niño de la escuela un botecito de hojalata con la marca KOLINOS, que contenía unos polvos para usarlos en el lavado de la dentadura, con un pequeño cepillo de dientes que también nos regaló. No os quepa duda que fueron los primeros dentífricos que entraron en muchas casas en Villamayor.

Al derribar la vieja iglesia las misas se celebraban en este ábside y doña Dolores la maestra, que no sé por qué razón se enemistó con el entonces párroco don Gaspar, para no estar presente en la provincial iglesia, pasaba por el desván de esta escuela de niños y oía y veía la misa por un ventanuco que hizo en todo lo alto, por el que no se le veían más que los ojos.

En las misas de domingo don Gaspar leía la lista de donativos de la semana, entre los que había dinero en efectivo, mano de obra gratuita y transportes. Recuerdo que uno de los donativos de una de las semanas era de mi padre: tres días de acarreo, y yo pensé que eso, con los poderosos bueyes y los grandes carros que tenía el jefe, era como una semana de los demás donantes de transporte.

A los niños nos llamaba mucho la atención que los huesos humanos que aparecían al abrir los cimientos de la nueva iglesia, como consecuencia de construirla en los terrenos del antiguo camposanto, eran recogidos en cajones de madera y llevados al actual cementerio, y que solo recogieran los que encontraban en la propia zanja de cimentación, dejando asomando los que no estorbaban para ella.

En la antigua fábrica de la luz había en desuso una enorme caldera de cobre que había sido usada para producir energía en las épocas de estiaje. Fue vendida, y para transportarla a la estación utilizaron una enorme zorra con gran cantidad de gruesas ruedas de madera maciza, llevándola por la orilla del río hasta cruzarla a la altura del Caneyu, donde hay un paso por debajo de la vía férrea. En esta tarea se emplearon

bastantes días hasta llegar al muelle de la estación, la que había que subirla por una rampa. Como en el arrastre era necesario el empleo de una fila de cuatro o cinco yuntas de vacas, no había espacio en el muelle para tan larga fila de animales y arreadores. Mi padre dijo que eran capaces de subirla sus bueyes y apostó que así se haría con varios de los que no se lo creían. Puso delante de la pareja a Tomasín, que casi no alcanzaba a la cabeza de los animales pero que los dominaba muy bien, y él se colocó detrás con otra guiada y entre grandes voces subieron carromato y caldera al muelle.

En los años 30 del pasado siglo había en Villamayor dos boleras cubiertas, la del Café Gran Peña y la de Mon, y aquí detrás de esta escuela había una más antigua, no cubierta, la de Mento.

En las dos cubiertas se celebraban muy afamadas partidas por equipos, de Villamayor uno, y de Oviedo o de la cuenta minera otros, que venían aquí a competir por la fama que Mel y compañía tenían, y que ganaron muchas veces a las partidas de fuera.

Pero aparte de todo eso, en la bolera de aquí al lado se celebraba a cada año un campeonato por barrios, disputándose la posesión por un año de una copa de plata para el equipo que ganaba a todos los demás. Este campeonato era organizado por la familia Montoto-Arias, que por vivir entre el río Pequeño y el canal que llevaba las aguas a los molinos de Fabián y los Toraño, llamaban a su equipo Entrambasaguas.

Mi hermano Maximino, el abuelo de la reina de este año, a pesar de que era bastante más joven que el resto del equipo, jugaba en el del Barrionuevo y ganaron el campeonato en una ocasión. Por la noche había verbena y mi hermano pidió permiso a nuestros padres para bailar, y lo hizo... pero con una criada que teníamos y que se llamaba Laude. No se atrevió con ninguna otra.

Contaba don Ángel Corripio que en una sesión del catecismo les preguntó a unos niños que cómo les parecía que sería el cielo y uno contestó: "Tien que ser como un día del Corpus que nunca se acabe".

En fin, os deseo a todos el cielo para cuando Dios llame a cada uno, y ahora que disfrutéis con alegría y salud unas fiestas del corpus como un cielo.

Cáceres, a 10 de Junio de 2004